

---

## LA FILOSOFÍA Y EL RENCUENTRO CON LA VIDA HUMANA

JORGE ISSA G.

El mundo moderno ha visto cómo se restringen en forma paulatina pero severa las posibilidades que tiene el ser humano de dotar a sus actos de un sentido y un fundamento críticos. La disolución progresiva de la metafísica perpetrada por la ciencia moderna —que ha alcanzado asimismo a la sabiduría antigua— lejos de fomentar la realización de una praxis cada vez más libre, la ha tornado desesperantemente ciega. De este modo, es natural que hoy se escuche con frecuencia la afirmación de que las ciencias “no saben decirme si voy correctamente en la vida o no, si estoy en una situación que conlleva éxito o no <sup>1</sup>”.

Precisamente a partir de la decisiva definición metodológica de corte galileano-newtoniano que señaló el camino por el que habrían de transitar en adelante las investigaciones de la naturaleza, la filosofía se fue dejando determinar por ideales de objetividad que no eran más que extrapolaciones de los principios sedicentemente responsables de los éxitos acumulados por las ciencias positivas. Y, como resultado, justamente a semejanza de las susodichas ciencias positivas <sup>2</sup>, se alejó de los problemas auténticamente humanos, confesando su propia incapacidad de abonar un suelo fértil para la emergencia de una praxis genuinamente henchida de sentido y deviniendo nomás testigo de la invasión torrencial que en el siglo veinte ha padecido la cultura occidental por parte del vitriólico fenómeno del nihilismo.

En efecto, consumada la proscripción de la metafísica, sobrevino en Occidente el extravío de la fe “en la capacidad y posibilidad del hombre de conferir a su existencia humana, individual y general, un sentido racional <sup>3</sup>”. Una vez que la figura del sabio antiguo se diluyó en poco más que una referencia culterana y la filosofía acabó de abdicar de su misión totalizadora, las sociedades contemporáneas se tiñeron de la palidez cadavérica del quietismo y la negación a ultranza, así como de un hondo sentimiento de absurdidad, adosados al egoísmo irreductible y el aniquilacionismo. En todos los ámbitos se multiplicaron las expresiones de una condición mental signada por la casi imposibilidad de hallar nada a

---

Departamento de Filosofía, Universidad Metropolitana-Iztapalapa, México.  
iagj@xanum.uam.mx

lo que pudiera atribuirse valor o que tuviese el poder de motivar algún movimiento muscular, ya no se diga entusiasta, sino apenas afirmativo en relación con cualquier putativo progreso. Prevalecía un talante anímico dominado por la negación en sus distintas advocaciones: social (individualismo *cuasi* anarquismo que rechazaba Dios, patria y autoridad), moral (agnosticismo o aun ateísmo, y un relativismo extremista que desmadejaba de inmediato toda pretensión de fundamentar la acción), ontológica (campañaba un fenomenismo siempre colindante con el escepticismo) y existencial (hegemonía del pesimismo, gusto por cierta elegante *décadence* anti-todo: Dios, Razón, progreso...). La negación devino criterio de normalidad: acendrado nihilismo.

El mundo, en tiempos ya idos, había concedido otros espacios a la filosofía... y conocido estados de ánimo diferentes. Si hoy la actividad filosófica parece ir quedando confinada a las aulas<sup>4</sup> y por ello se ha tornado absolutamente accesorio el problema de derivar en prácticas concretas las elecciones apuntaladas por el discurso moral, debemos recordar que en la Antigüedad la filosofía constituía una opción existencial sin la cual carecía de sentido ese verboso discurrir acerca de valores y deberes que identificamos con el marbete de “ética”. Luego, durante el Renacimiento, se reditó ese alto espíritu que veía en la “exteriorización” de un principio racional congénitamente latente en el ser humano la auténtica realización de su libertad. Y, más tarde, en el siglo XVIII, el impulso de la Ilustración apuntaba a materializar la obra de la Razón esencialmente en forma de progreso en el saber pero también de bienestar en el modo de vivir del hombre, ya fuera individual o asociado.

En nuestra época, la armoniosa conjunción de teoría y praxis lograda en el mundo antiguo se ha visto dislocada en la medida en que el conocimiento científico —en tanto encarnación de la verdad asequible al hombre moderno— ha demostrado su incapacidad de desembocar en un auténtico saber práctico, es decir, normativo, más allá de sus habituales aplicaciones técnicas concebidas en un contexto de valores sobrentendidos (léase: jamás cuestionados) y por consiguiente cerrados a toda deliberación. El espíritu del Renacimiento, por lo mismo, parece anquilado de manera definitiva si es que —tal cual dice Lipovetsky— ha de versele como “reconducción de lo idéntico [ya que] nuestra época no restablece el reino de la ‘antigua buena moral’, sino que se libra de ella<sup>5</sup>”. Finalmente, en cuanto a la Ilustración, está claro que la vigencia de la preocupación por el respeto a los derechos humanos, al igual que el acuerdo de base en torno a la tolerancia y el rechazo a la violencia<sup>6</sup> (todo ello parte de su legado) no han constituido un valladar suficiente para contener la invasión de un gran desorden posmoralista, no sólo bajo la forma de individualismo hedonista irreductible<sup>7</sup> —bien que revestido de resentimiento porque la igualdad formal ante la ley promovida por el pensamiento liberal continúa

postergando la justicia social prometida por siglos a los grupos siempre explotados y desfavorecidos— sino que ha suscitado por doquier demandas nuevas de justicia —que adoptan ahora la figura inédita de exigencias de reconocimiento a múltiples rasgos peculiares que ofician como fuentes de identidad.

La conclusión es que no podemos reeditar la confianza indisputada que en sus momentos de mayor lustre usufructuaron el racionalismo y sus productos más señalados (la ciencia, la filosofía) como visiones satisfactorias del mundo y como guías para la vida. Asimismo, que a resultas de lo anterior se esfuma la utilidad práctica (en el sentido auténtico de la praxis) de un acervo de conocimientos que crece aceleradamente, pero siempre bajo las premisas únicas de la explotación masiva de la naturaleza y el confort del individuo.

Así, pues, ni la mera disolución de la metafísica, ni la constitución de una ciencia “objetiva”, apenas susceptible de resolver necesidades técnicas, pueden contrarrestar el formidable estímulo que ha venido alimentando toda clase de visiones desencantadas y radicalismos escépticos. Tampoco hay ninguna duda de que, por sí mismos, ambos fenómenos son incapaces de constituir en modo alguno expedientes eficaces para fundamentar el obrar humano, es decir, para satisfacer el siempre acuciante anhelo de orientaciones normativas que no sean simples proyecciones de valores arbitrarios, sino, antes bien, auténticas derivaciones de interioridades espirituales críticamente cinceladas y puestas a prueba en la elección comunitaria de vastos proyectos de vida.

En orden a abonar estos propósitos, ha de acometerse una verdadera renovación de nuestro concepto de la racionalidad humana —así es: una más— pero una renovación que sea menos proclive a excogitar principios morales universales y más propensa a rescatar la riqueza de la realidad concreta, singular. Sobre todo, que esta racionalidad preste en esta oportunidad menos atención a la objetividad y al interés instrumental que a las virtudes prácticas siempre moldeadas por su interacción con las realidades cambiantes.

NOTAS

- 1 Así lo ha consignado, por ejemplo, Michael Laitman, autor del libro *Tu propósito en la vida*, en reciente entrevista concedida en México. También ha querido presentar su texto —en contraste, pues, con lo que puede hacer la ciencia— como una guía “para influir en nuestro destino y así entender el verdadero propósito de nuestra existencia”; todo ello a través de la sabiduría de la Cábala. (Véase el diario *La Jornada*, 18 de enero de 2007, México, p. 8a.)
- 2 En su obra póstuma *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Husserl registra con la siguiente frase de qué modo las ciencias se han enajenado del destino del hombre: “En el desamparo de nuestra vida [...] esta ciencia no tiene nada que decirnos”.
- 3 Edmund Husserl, *ibidem*.
- 4 H. D. Thoreau: “En nuestros días hay profesores de filosofía pero no filósofos”.
- 5 Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*.
- 6 Un rechazo —por lo demás— que apenas se mantiene en la cruda realidad, ya que no cuando la violencia es servida como producto mediático.
- 7 El cual sólo cree en el progreso de la persona monádica y —a decir de Castoriadis— no entiende ya de lo bueno ni de lo malo, sino que, antes bien, se orienta por “la idea general [de que] se puede hacer cualquier cosa y nada está mal con tal de salir bien parado de ello”.